

Y DE AQUELLAS FURIAS SOLO QUEDAN PALABRAS

Federico Alvarez

¿Qué más decir sobre el 27 de febrero? Pocos acontecimientos han suscitado tanta retórica en la historia venezolana. Quienes han intentado desentrañar sus causas e interpretar sus posibles repercusiones en el destino del país, no han escatimado los tonos magnificadores. De allí que, para algunos constituya una movilización de masas superior a las que registran los 14 años de las guerras de la independencia, mientras que según el cristal de otros analistas ese día marca el nacimiento de otra Venezuela.

La distancia de un año no disminuyó en lo más mínimo esa fervorosa percepción. La copiosa literatura inducida por los medios de difusión masiva, con motivo del primer aniversario del estallido, recalcó insistentemente las mismas tesis esbozadas en la presurosa valoración realizada al calor de los sucesos. Conviene detenerse en algunas de ellas, en busca de un enfoque que contraste los deseos y las realidades.

* Los intérpretes del fenómeno repiten que los saqueos constituyeron una respuesta instantánea al "Paquete" de medidas económicas concertado por el gobierno de Carlos Andrés Pérez con el Fondo Monetario Internacional.

* Subraya que ese día, tras muchos años de pasividad, el pueblo asumió un rol protagónico, rebasando en su acción a los liderazgos tradicionales y a su propio conservadurismo.

* Exaltan una "noche buena", durante la cual la gente humilde pudo disfrutar de sus "conquistas", y una "mala noche", cuando la mano negra de la represión militar-policia cayó sobre los barrios sembrando el terror y la muerte.

* Asoman la posibilidad de que esas jornadas pudieran culminar con el desquiciamiento del sistema político, si en medio del tumulto hubiese emergido del seno de la masas una dirección con objetivos claros de poder. Sólo faltó un empujoncito.

* Persiste la diversidad de opiniones, a la hora de identificar al "enemigo principal" de aquel día y, en consecuencia, acerca del carácter político de la lucha. ¿Fue una guerra de pobres contra ricos o de pobres contra pobres?

* Tampoco hay coincidencia entre los analistas en cuanto a la asimilación de las lecciones del estallido popular por parte de los distintos sectores de la sociedad venezolana y, por consiguiente, respecto de la perspectiva de conjurar otro terremoto social en el futuro inmediato.

Entre tanto, sin que hayamos agotado todas las posibles incógnitas que el asunto plantea, hay un dato irrefutable: los venezolanos hemos vivido un año con el fantasma del 27-F encima. Dicen que los europeos se acostaban todas las noches con la bomba de neutrones, hasta que vino la perestroika a liberarlos de esa terrible paranoia. ¿Podemos nosotros superar una apertura en las enervantes tensiones actuales, que nos despeje el horizonte de temores?

LA HERENCIA Y EL PAQUETE

Resulta cómodo y, en apariencias, productivo atribuir toda la responsabilidad del 27-F a la política de ajuste económico adoptada por CAP desde el 14 de febrero de 1989. El detonante de las protestas fue la especulación con las tarifas del transporte público desatada por el alza de la gasolina. Los focos se localizaron en las ciudades-dormitorios de Caracas, Guarenas y Maiquetía desde antes de las 6 de la mañana. La irradiación hacia Caracas no fue instantánea y, probablemente, tampoco revistió las características de espontaneidad que en aquellas localidades. El resto del país se sumó por contagio, al presenciar en las pantallas de televisión el increíble espectáculo de los saqueos impunes.

La mayoría de los analistas resalta la insensatez del gobierno, al no medir las consecuencias de una medida tan explosiva, y sugieren que la violencia pudo evitarse si se hubiese anunciado con anterioridad algún paliativo social, la promesa de aumentar los salarios, por ejemplo. Desde este punto de vista, todo obedeció a una "falla en la estrategia comunicacional", o a una equivocación en el orden de prioridades en la aplicación del "paquete".

Convendría detenerse en algunos detalles que no son irrelevantes. En primer lugar, la gente comenzó por un reclamo moderado: exigía a los choferes respetar el alza de tarifas decretado por el gobierno, consistente en un 30 por ciento. La reacción inicial se orientó, entonces, contra un abuso del sector privado, no del gobierno. Los saqueos posteriores adquirieron, al menos en los primeros momentos, las dimensiones de castigo contra la especulación y el desabastecimiento mafioso de los comerciantes. Difícilmente, podrían apuntar contra el gobierno, cuando la policía se limitaba a presenciar las acciones sin mover un dedo.

Cabría preguntarse, además, si era concebible que a esas alturas, viva todavía la pompa de la coronación de Carlos Andrés Pérez, había en la gente común suficiente conciencia sobre el contenido del programa económico, si es palpable que tal claridad no existía siquiera en el propio partido de gobierno. Los líderes de la oposición no alcanzan aún a presentar una contrapartida válida, a un año de distancia. ¿Cómo creer que ya en febrero de 1989 habían logrado esclarecer al hombre de la calle lo que le esperaba? ¿No fueron, acaso, ellos mismos sorprendidos por la magnitud y la virulencia de los sucesos?

Parece más plausible pensar que el estallido inicial expresó el cansancio, la

sobresaturación del ánimo público ante una larga cadena de frustraciones y desencantos. La rabia por el deterioro del nivel de vida, por la corrupción, por la imposibilidad de resolver graves problemas familiares cotidianos y, sobre todo, por la carencia de expectativas. Desde esa perspectiva, los disparos iban dirigidos contra los gobiernos de los últimos treinta años y contra los factores de poder real, conspicuamente los empresarios.

El enfrentamiento al "paquete" supondría un grado de racionalidad, de elaboración de las respuestas, que no estuvo presente en los tumultos de febrero. Es más, sería temerario afirmar que las víctimas del ajuste han encontrado los cauces idóneos para librar esa batalla, a pesar de que en estos doce meses son más conocidos los rasgos del monstruo.

PROTAGONISTA POR UN DIA

No menos discutible resulta la tesis del protagonismo del pueblo en los sucesos. Un rol de esa naturaleza supone una conciencia precisa de los fines que se persiguen y de los medios adecuados para conseguirlos. La acción de las masas el 27-F se redujo a ciertas operaciones muy simples. En el inicio, a rechazar violentamente el abuso de los empresarios del transporte público. Y después, a apoderarse de aquellas mercancías que necesitaba con más urgencia o que la publicidad consumista le mostraba como apetecible. En las pantallas de televisión aparecían indistintamente los que cargaban una pieza de res o sacos llenos de enlatados con los que aprovechaban la confusión para "expropiar" equipos de sonido o televisores y neveras.

A medida que fue pasando el tiempo, el saqueo degeneró en pillaje contra la misma gente del pueblo. Hubo centenares de pequeños negocios arrasados con furia vandálica y, en algunos barrios, casos de violaciones contra hogares humildes. Esa masa informe, presa de un histerismo incontrolado, no podía ser protagonista de nada, a menos que entendamos por protagonismo el desbordamiento de fuerzas naturales. Los intentos de algunas vanguardias políticas y sociales, que han mantenido su vinculación con sectores marginales, para canalizar las furias hacia objetivos de mayor trascendencia política resultaron inútiles. Más aún, si se toma en cuenta que ese fue el momento escogido por los cuerpos de seguridad para desatar una feroz represión.

Es evidente que aquel cataclismo sorprendió a todos. Al gobierno, engolosinado todavía con el festín de la "coronación"; a los partidos de todas las tendencias; a las centrales sindicales; a los gremios; a las organizaciones vecinales, que sólo atinaron a improvisar mecanismos de autodefensa contra el pueblo alzado; a todo el mundo. Durante horas el pueblo estuvo en la calle como una marejada sin rumbo. Una vez saciada el ansia posesiva, sólo tuvieron un norte: festejar, consumir con gran ruido el botín. En eso estaban, cuando los militares comenzaron a "peinar" los carros. Las demasías de la "noche buena" tenían un precio ineludible: los desafueros de la "mala noche". ¿Cómo pensar que la primera no acarrearía la segunda, si las estructuras de la retallación seguían intactas? Una vez que vencen el miedo, las clases dominantes suelen vengarse con sevicia. El terrorismo de Estado es una de sus armas favoritas.

El pueblo venezolano no ha vivido aún su hora protagónica, a pesar de haber copado la escena en varias ocasiones históricas. Durante las guerras de la Independencia

dencia fue el nervio de las luchas por la libertad. En la Federación se batló por la conquista de la igualdad. Y así, en muchos instantes estelares, como en los del 28, el 36 y los de enero de 1958. En todos ellos estuvo presente el saqueo, pero no únicamente el saqueo. La magnificación del 27-F se debe, quizás, a la comprobación de que ese pueblo que se creía indiferente, pasivo, todavía es capaz de desafiar el peligro y de jugarse el destino. Pero, en ningún caso a que esas jornadas hayan marcado su hora más luminosa.

A raíz de las sucesivas victorias de los partidos del status en los procesos electorales y de la incomprensible adhesión de la gente humilde a organizaciones políticas que las engañaban una y otra vez, surgió la especie del conservadurismo del pueblo, de la rechazación de las masas. Resultaba maravilloso palpar que no era así, que ese comportamiento había que atribuirlo a un liderazgo desvinculado del hombre común y a unas organizaciones políticas y sindicales burocratizadas que no representan a nadie.

¿SUSTO O COLAPSO?

Por lo mismo que no había objetivos trascendentes, ni auténtico protagonismo popular, también resulta desmesurado pensar que hubo la posibilidad de desquiciar al sistema político, como algunos de los intérpretes llegaron a sugerir. No estaba en el propósito de las masas, desbordadas hasta el atolondramiento, la conquista de poder político. Pudo estar en la mente, o en la imaginación de las vanguardias que se sumaron al estallido, pero es obvio que sus exhortaciones no fueron atendidas. Tampoco figuró en la agenda de los militares, si bien no faltaron las insinuaciones de los sacrificios que demandará el "paquete", o de otros que consideran al régimen autoritario como el ideal para el experimento neoliberal.

Algunos empresarios siguen sosteniendo que el estallido no fue espontáneo, sino que obedeció a una planificación destinada a subvertir el Estado de Derecho. Esa es la opinión del ex-presidente de Fedecámaras, Hugo Fonseca Viso, al evaluar los acontecimientos en *El Universal*, un año después. Alude, concretamente, a la agitación promovida por grupos de motorizados que amenazaron incluso con incendiar la sede del organismo empresarial en El Bosque.

En otro trabajo, hemos señalado la presencia de este factor, cuya acción nos consta porque la presenciábamos en la tarde del 27-F. No es una curiosidad que hayan reaparecido el 15 de febrero de este año, al culminar la marcha de las centrales sindicales. ¿Quiénes son, qué buscaban, a qué directrices respondían? Nadie lo ha determinado.

La tesis de la sorpresa parece confirmarse con el tiempo. Los organismos de seguridad del Estado no esperaban una tempestad de esa magnitud. De ahí que, ante la ausencia de instrucciones precisas o respondiendo a claras órdenes oficiales, se inhibieron frente a las turbas que saqueaban.

El actual Ministro de la Defensa, General Filmo López, admitió en entrevistas con Ricardo Escalante, en *El Universal*, que las Fuerzas Armadas no estaban preparadas para una eventualidad de esa naturaleza. En general, los militares no están hechos para sofocar alteraciones del orden público y eso ha sido comprobado cada vez

que salen a la calle a rescatar a las organizaciones policiales. Durante la semana trágica de febrero, era visible el nerviosismo de los reclutas de 18 años, colocados abruptamente en ciudades desconocidas en circunstancias cruciales.

Sin embargo, una vez recuperada la noción del peligro, la acción del gobierno adquirió rapidez, eficacia y, a juicio de muchos, una ferocidad desmesurada. El ataque a los barrios populares fue implacable. Aunque el ex-ministro de la Defensa, General Italo del Valle Alliegro, asegura que sólo hubo 277 muertos, otras fuentes señalan cifras muy superiores. Hubo, además, denuncias de matanzas a sangre fría, de torturas y vejaciones, así como de pillajes con el pretexto de la recuperación de bienes saqueados. Hubo, sin duda, una mala noche.

Pero la versión sería incompleta si omitiéramos que la intervención de las Fuerzas Armadas, con la secuela de suspensión de garantías y de toque de queda, constituyó un reclamo de mucha gente, y no sólo en las urbanizaciones de los poderosos.

En muchos barrios modestos, los soldados fueron recibidos como salvadores por familias que estaban asediadas por turbas de malandros. Era frecuente ver en esos días a dueñas de casa ofrecer café y comida a los soldados que montaban guardia en las vecindades, en inequívoca señal de agradecimiento.

EL ENEMIGO

La sacudida fue tan ruda y tan inesperada, que las primeras reacciones de los poderosos semejabán el juego de la candelita, aún en circunstancias tan comprometedoras como las que se vivían. El Presidente de la República rechazó categóricamente que la protesta fuera contra su gobierno, pues a su juicio se trataba de "una guerra de pobres contra ricos". La expresión causó urticaria en el sector empresarial, que en ese momento estaba buscando la forma de cerrarle el paso a un aumento de salarios. Y en eso estaban, cuando el Rector de la UCV, Luis Fuenmayor, lanzó su tesis de la "guerra de pobres contra pobres".

En verdad, las dos posiciones podrían encontrar asideros en una percepción superficial de los hechos. Hubo saqueos de supermercados y de almacenes grandes, en especial en la zona céntrica de Caracas, lo que podría entenderse como "guerra de pobres contra ricos". Y así mismo, como lo hemos apuntado antes, el aluvión de la población marginal se limitó a los barrios populares, pues no tuvieron tiempo de llegar a las zonas doradas. Allí, evidentemente, hubo un enfrentamiento entre pobres y los estragos no fueron desdeñables, sobre todo en cuanto concierne a pequeños comerciantes.

Los organismos oficiales y empresariales han estimado las pérdidas ocasionadas por el estallido de febrero en unos seis mil millones de bolívares. Una evaluación de las víctimas, a un año de distancia, arrojaría un resultado paradójico: ningún rico se arruinó. Todos pudieron recuperar sus activos mediante el cobro de seguros o por obra del alza de precios que siguió a los tumultos.

En cambio, son miles los pequeños y medianos empresarios, en todo el país, que no pudieron recuperarse del golpe. Son las verdaderas víctimas económicas del 27-F, aunque posiblemente no hayan sido los enemigos del pueblo.

CAMBIOS Y LECCIONES

Entre las tesis más difundidas en las interpretaciones del 27-F, están las que aseguran que esos acontecimientos produjeron un cambio radical en la conducta del venezolano y dieron lugar al nacimiento de un nuevo país. Esa convicción está en la base de la creencia en la repetición del fenómeno. La protesta masiva y violenta se inscribiría como nuevo patrón de comportamiento de un pueblo que se cansó de aceptar sumisamente las decisiones de los poderosos. El 27-F vendría a ser la asunción del derecho a participar en la vida pública, como sujeto activo en una democracia que ha sido definida por el propio Presidente Pérez como una democracia de conflicto.

Para corroborar ese cambio actitudinal, se destacan algunas conductas novedosas: el venezolano se está acostumbrando a regatear los precios y a buscar la mejor oferta. Cada día es más frecuente el rechazo a los abusos en los servicios públicos y al despotismo burocrático. Es notoria la tendencia a organizarse para enfrentar mejor a los retos de la crisis. Ejemplos palpables: la resistencia a las tasas de interés en materia habitacional y las cooperativas de consumo.

Las anquilosadas organizaciones políticas y sindicales han sido sacudidas también por el temor de verse desplazadas, o por la conciencia de su terrible desvinculación de las masas. Los partidarios de la tesis no dudan que la abstención del 70 por ciento del 3 de diciembre pasado es otra fase del proceso de incorporación del pueblo a la toma de decisiones que comenzó aquella madrugada por la CTV desde Guaremas. Lo mismo cabría decir de la inusitada actividad desplegada por la CTV desde entonces, aunque todo se haya reducido a dos marchas y a oleadas de palabras. Los partidos del status, por su parte, sufren traumáticas experiencias reformistas destinadas a democratizar su vida interna.

De manera menos ostensible, los partidos populares, comprometidos con políticas de cambio, han enseriado las propuestas unitarias y de entendimiento, como vía para ir al reencuentro de unas masas de las cuales se divorciaron desde los tiempos de la lucha armada. La retórica vanguardista ha sido severamente castigada por la realidad. La experiencia internacional, por otra parte, vacuna contra la ilusión de que basta tomar el poder para usufructuar para siempre del favor del pueblo. Aunque se trata de un proceso en ciernes y de incierto destino, esta tendencia a la resurrección podría registrarse ya como una de las consecuencias más positivas del 27-F.

Sin embargo, quien demuestra haber asimilado mejor la lección es el gobierno. La velocidad con que reaccionó frente a los conatos de saqueo el 15 de febrero pasado, al final de la marcha sindical, prueba que las palabras del Ministro de la Defensa no son vanas: las fallas registradas hace un año en materia de seguridad han sido corregidas. No habrá más sorpresas para las Fuerzas Armadas, ni para los organismos policiales. Han sido entrenadas y equipadas para sofocar motines. Si el riesgo principal del 27-F fue la sorpresa, no habrá más 27-F.

Y no solamente eso, el régimen parece haber aprendido también la lección de las estrategias comunicacionales. La nueva alza de la gasolina ha recibido un tratamiento de dosificación informativa, se abrió la posibilidad de que numerosos sectores debatan sobre su conveniencia y oportunidad, y cuando ocurra, el gobierno tendrá en la calle, en pleno funcionamiento, un paquete de políticas sociales —beca alimentaria, seguro de paro forzoso, política habitacional— y un plan de inversiones con-

cebido en la más rancia tradición keynesiana: la inversión pública como detonante de la activación económica. También el Fondo Monetario ha aprendido la lección. No más congelación de sueldos y salarios, ni erradicación de políticas sociales.

Sin embargo, sería insensato pensar que han desaparecido las causas que provocaron el estallido de febrero. Todo lo contrario. En la enconada lucha de clases que se libra en Venezuela, los trabajadores siguen perdiendo terreno. No sólo crece el desempleo. También disminuye, del 49 al 41 por ciento, la participación del sector trabajo en el ingreso nacional, se deterioran los servicios públicos, se encarece la salud, se vuelven angustiantes los niveles de inseguridad.

En otras palabras, las clases dominantes y el capital transnacional están construyendo un país diferente al país populista y paternalista de otros tiempos. Estamos ante un cambio dramático y terriblemente oneroso para los asalariados. Los empresarios podrían contribuir, con una visión más moderna, a que la transformación no adquiriera caracteres genocidas, pero siguen sin aprender nada. Les basta con saber que la cúpula del Estado tomó las medidas necesarias para mantener el orden y cautelar sus intereses. El lenguaje autoritario está a la orden del día. La democracia de conflicto se aviene mal con la disensión y la protesta.

En esas circunstancias, el pueblo tiene ante sí el desafío de encontrar alternativas viables, convincentes, encuadradas en la nueva atmósfera internacional. Y aunque no haya suficiente claridad todavía acerca de esas salidas, es necesario entender que la respuesta no puede consistir en brotes espasmódicos sin rumbo. A un año de distancia del 27-F, de aquellas furias sólo quedan palabras.

